

## **CAPITULO SEXTO**

# **PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO Y SEGURIDAD: MÁS ALLÁ DE LO ACADÉMICO**

---

---

## PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO Y SEGURIDAD: MÁS ALLÁ DE LO ACADÉMICO

FERNANDO VELASCO FERNÁNDEZ

---

---

### LA REDEFINICIÓN DEL CONCEPTO DE SEGURIDAD EN EL SIGLO XXI

#### Introducción: la seguridad como concepto antropológico

Existe una constante antropológica que es la idea de vulnerabilidad, la cual es consustancial a la persona humana así como el impulso a procurar seguridad a cada individuo. Desde que nacemos necesitamos de la seguridad, de aquella que nos proporcionan los otros. El ser humano necesita estar seguro para ser libre y para ser persona. Precisa de unos mínimos de seguridad que nos permitan acceder a una calidad de vida aceptable y a las mayores posibilidades de felicidad, tanto para nosotros como para nuestros descendientes.

Dicho lo anterior, albergamos la certeza de que ni somos santos, como tampoco somos sólo «homo homini lupus est» como nos define Hobbes. El género humano tiene impulsos que le incitan a mentir, robar, ser violento, etc. por múltiples razones. Y es responsabilidad de los dirigentes sociales crear los mecanismos y las instituciones necesarias para refrenar y canalizar dichos impulsos y lograr una convivencia sana, tanto dentro de dicha sociedad como de ésta para con el exterior. Cabe recordar en este sentido la siguiente pregunta que le hicieron a Gandhi: «¿cómo es posible que un gurú, un santo, haga política?» Y Gandhi contestó: «no, yo no soy un santo que hace política. Soy un hombre político que quiere ser santo, que trata de alcanzar la santidad». Nosotros no somos santos, somos ciudadanos que quieren vivir, que aspiran a sentirse seguros y que tratan de alcanzar una convivencia pacífica.

En definitiva, la seguridad es en el fondo una necesidad de lo humano y una pretensión. Por lo mismo, condición necesaria para el ejercicio de la seguridad son la educación y el aprendizaje como vía más eficaz para resolver los problemas que afectan al género humano.

### **Duda e incertidumbre como categorías centrales en el mundo actual**

Como ha apuntado Ilya Prigogine, el siglo XX ha transformado la totalidad del planeta de un mundo finito de certidumbres en un mundo infinito de cuestionamiento y dudas. La mundialización de los problemas y soluciones es imparable. Ninguna sociedad puede sobrevivir de forma aislada y estática, en estos momentos todas necesitan relacionarse y adaptarse a los cambios de manera dinámica.

Una de las cosas que la situación actual está poniendo de manifiesto es que aún no estamos preparados para afrontar las nuevas prioridades que están surgiendo. Muchas de nuestras instituciones están quedándose obsoletas. Nuestras instituciones sociales y políticas no van al mismo ritmo ni están al mismo nivel que la ciencia y la tecnología. Mientras en el campo de la ciencia y la tecnología hemos conseguido grandes avances y hemos realizado progresos médicos, espaciales, etc. en el plano político, vamos con más retraso y estamos atados a instituciones un tanto obsoletas. De igual forma, los líderes políticos que surgen no dejan de hablar de cambio, de globalización, etc., pero ellos actúan como si nada hubiese cambiado y se comportan de la forma más local posible. Lo que sí es constatable es que no estamos preparando a nuestras sociedades para entender y mucho menos dirigirse o dirigir un mundo en plena transformación, complejo, donde reina la incertidumbre y que por tanto demanda un conocimiento distinto.

Es cierto que muchas de las cosas que hemos creado y producido han dado lugar a un cambio mayor que el acontecido en los siglos anteriores: hemos sido capaces de enviar personas a la luna, se trabaja por descifrar el código del genoma humano, se viaja en tan sólo unas horas de una parte del mundo a otra, el nivel de vida ha aumentado, etc. Sin embargo, al mismo tiempo, vivimos instalados en la inseguridad: niños que mueren de hambre, guerras, terrorismo, fundamentalismo religioso, formas diversas de crimen organizado, migraciones masivas descontroladas, crisis financieras, blanqueo de capitales, derechos humanos conculcados, deterioro del medio ambiente, ausencia de agua potable para

muchos, enfermedades y condiciones sanitarias que dejan que desear. Además, la experiencia nos dice que cuando existen fuertes desequilibrios estos crean problemas de seguridad. De esta forma a las amenazas convencionales y a las anteriormente señaladas y que nos afectan, hay que añadir la enorme disparidad entre los distintos niveles de vida.

El siglo que hemos comenzado está cargado de inmensos problemas y grandes dificultades pero también de extraordinarios logros y de muchas esperanzas. El poeta Hölderlin señalaba que «cuanto mayor es el riesgo, mayor es la posibilidad de lo que nos salva». Es precisamente en los momentos de mayores dificultades cuando tenemos también las mayores oportunidades de alcanzar cosas positivas. El sistema actual necesita una revisión a fondo. En estos momentos estamos adquiriendo una comprensión más profunda de los efectos que acarrearán los problemas que tenemos. No sabemos con exactitud adónde nos van a llevar. Lo que sí sabemos es que el mundo no es algo cerrado ni acabado. El futuro está abierto y por tanto nuestras decisiones tienen una gran relevancia y ello nos provoca inquietud. Es el desasosiego del hombre que se plantea de forma apremiante cómo se puede modelar el mañana. De lo que sí estamos cada vez más convencidos es que para llevarlo a término se necesita un conocimiento cada vez más seguro, innovador y creativo.

### **A la búsqueda de una condición más segura**

La seguridad constituye junto con la libertad, la justicia y la solidaridad un concepto clave para el ser humano. Pero además, en este campo semántico del bienestar en las sociedades democráticas, la seguridad es la que crea las condiciones para el desarrollo de las otras. Ninguna de las anteriores puede llevarse a término sin la seguridad. Es más, nosotros como individuos sobrevivimos gracias a ella. Toda vida necesita de momentos de seguridad y de certidumbre para poder crecer. Lo cual no implica aceptarlas como verdades inmutables, sin evolución.

No obstante, la seguridad es un concepto que requiere ser interrogado para poder ser analizado de forma adecuada y actuar posteriormente desde la eficacia. Mejorar la seguridad en todas y cada una de sus versiones (económica, medio ambiental, energética, laboral, comercio internacional, pobreza,...) tan solo es viable si existe un alto nivel de conocimiento sobre dichos problemas. Profundizar en el concepto de seguridad es siempre una apuesta rentable a futuro.

Cuando ésta es de verdad, la seguridad libera al hombre de las preocupaciones por la subsistencia de la vida convirtiéndola en una preocupación por la libertad. Pero además, la seguridad del mundo depende del hombre. La responsabilidad de forjar la seguridad entre los hombres y con el mundo está en los hombres y no en el exterior a nosotros. Y es el hombre el que tiene que hacer algo con la seguridad de este mundo, y además hacerlo institucionalmente, pero también individualmente. En cualquier caso, no nos llevemos a engaño, el mundo no es más seguro por el simple hecho de que hablemos de seguridad.

En un contexto como el nuestro de riesgos y de incertidumbres donde no sólo está en peligro la calidad de vida sino la vida misma, la inseguridad ha pasado a ser uno de los elementos decisivos de los asuntos humanos. De ahí que la búsqueda de una condición segura deba de dar respuesta a dos cuestiones de fondo: dónde estamos hoy (recorrido crítico de por qué hemos llegado hasta esta situación) y con qué contamos para dar una respuesta constructiva a la vida del género humano. Esto es, tan fundamental es conocer lo que hicimos como lo que podremos hacer. Y tan determinante es saber a quién y a qué debe darse la seguridad como definir de qué riesgos y amenazas hay que defenderse. En definitiva, se trata de vivir: la seguridad no tiene otra finalidad.

Ahora bien, ¿cómo vivir seguro? Esta es la pregunta a la que el hombre desde su pensamiento y desde las instituciones creadas para producir pensamiento debe de responder. Y si debemos pensar cómo estar mejor y más seguros, es en primer lugar para vivir mejor. Para ser auténtica, la seguridad, al igual que la libertad, no puede conformarse con ser pasiva o únicamente una seguridad defensiva. Este tipo de seguridad no es pues, más que una forma dentro del elenco de las responsabilidades que abarca el concepto de seguridad en cuanto que hace referencia únicamente a un posible ataque exterior. Apostamos por pensar la seguridad concibiéndola como un concepto dinámico en la que el ser humano es su objeto mismo convirtiéndose en relevante cualquier riesgo o amenaza capaz de cuestionar la seguridad de las personas. Ya en la declaración de la cumbre de jefes de gobierno del Consejo de Seguridad de la ONU (31 de enero de 1992) se nos advierte de cómo «*las fuentes no militares de inestabilidad en los ámbitos económico, social, humanitario y ecológico se han convertido en amenazas para la paz y la seguridad*». Por tanto, este concepto dinámico de seguridad debe estar constituido, entre otras posibles, por las siguientes ideas fundamentales:

*La seguridad como bien colectivo.* Inevitablemente, la experiencia nos ha demostrado de forma irreversible que cada vez vamos a depender más de la seguridad colectiva para poder sentirnos seguros.

- *La seguridad como ámbito de colaboración.* Cada vez se hace más relevante una seguridad común. El campo de la seguridad se nos presenta como un nuevo ámbito de colaboración a la hora de tener que dar una respuesta conjunta a la seguridad. Si queremos ser eficaces, las respuestas deben abarcar no sólo nuestra propia seguridad, sino también la de los demás. El acceso a mayores cuotas de seguridad para el resto del mundo no tendría que significar una pérdida de seguridad para nosotros. Es preciso interesarse en la seguridad de los demás, no es una visión altruista, se basa en el convencimiento de que la amenaza, el riesgo o las vulnerabilidades de los otros acaban siendo las propias.
- *La seguridad como derecho democrático.* Es característico de los sistemas democráticos la existencia de unas garantías constitucionales que protejan a los ciudadanos y les proporcionen un mínimo común denominador en términos de seguridad para poder vivir.
- *La seguridad como salvaguarda de los derechos humanos y como responsabilidad.* Los derechos humanos se consideran hoy como un principio internacional de comportamiento. Sin olvidar que todo derecho implica su correspondiente deber: la libertad no es libertinaje, la autoridad no es autoritarismo, ni la seguridad es represión. La seguridad debe crear las condiciones para poner al alcance de cada ser humano las posibilidades de vivir una vida plena y poder ejercer sus derechos económicos, sociales y políticos.
- *La seguridad como resolución pacífica de los conflictos.* Es preciso tomar conciencia de que las amenazas contra la seguridad y el desarrollo humano se originan muchas veces en nuestras propias políticas y en nuestras decisiones personales o colectivas. En la defensa de los intereses colectivos y personales es necesario tomar en consideración los efectos a largo de nuestras decisiones y desterrar el pensamiento cortoplacista sobre todo en lo que hace a la seguridad. Del mismo modo que pocas cosas se consiguen por la fuerza, la seguridad como bien duradero tampoco se logrará ejerciendo la coerción.
- *La seguridad como condición básica de la equidad.* La aceptación de que todos los seres humanos nacen iguales implica que la satisfacción de las necesidades básicas, para vivir una vida digna, deben formar parte de la preocupación de todos nosotros si no queremos que se conviertan en fuente de inseguridad.

- *La seguridad como objeto del pensamiento y la acción humanas.* La acción política en materia de seguridad necesita del mejor conocimiento técnico y de una adecuada reflexión sobre las consecuencias de las decisiones humanas. Consideramos que algunos de los obstáculos para la seguridad común son el desconocimiento y las políticas inadecuadas, y no la ciencia o la tecnología. En este sentido, es fundamental el papel que juegan las políticas de prevención como planteamiento y actitud que deja el menor número de posibles escenarios de riesgo y amenaza a la improvisación y al azar. En esta línea, consideramos indispensable potenciar la inteligencia. La prevención que se necesita no pasa por una simple seguridad, sino por la inteligencia y el pensamiento estratégico responsable. En el ciclo de seguridad debe contemplarse tanto la anticipación y la prevención para la protección como para la recuperación después un hipotético daño.

### **Una seguridad al servicio del desarrollo**

Es Arnold Toynbee quien nos recuerda que «*en nuestra era, por primera vez desde la aurora de la historia, la humanidad se atreve a creer en la posibilidad de que toda la especie humana acceda a los beneficios de la civilización*». Y la seguridad, al igual que el desarrollo y otras dimensiones como son la jurídica o la política, separada de su contexto humano carece de sentido. Ésta es, como hemos indicado, un concepto amplio que comprende no sólo la defensa sino también el acceso a los bienes y servicios, supone la oportunidad de elegir el modo de vida personal y colectivo en el que cada uno pueda desarrollarse en todas sus formas. De ahí que todas las medidas encaminadas a dotarnos de más seguridad son consideradas valiosas solamente por ampliar nuestra libertad y fortalecer nuestro bienestar de acuerdo con nuestros valores. Por lo tanto, la seguridad, por importante que sea como instrumento de defensa, no puede ser relegada o concebida como simple promotora de defensa –ese es sólo uno de sus papeles– sino que constituye la base de las aspiraciones humanas mismas. El sentirnos seguros es fuente de nuestro progreso y de nuestra creatividad. Al ampliar nuestra perspectiva y dejar de asignarle una función meramente instrumental la seguridad adquiere un papel constitutivo, constructivo y creativo. La mayoría de nosotros valoramos la seguridad porque nos ofrece una mayor libertad para vivir según nuestros valores.

La desatención del desarrollo humano ha sido una de las causas principales de conflicto e inseguridades. Unas veces por causa de

nuestras acciones y otras por omisión. Es por lo tanto, la seguridad, el primer eslabón del desarrollo. Y sin embargo, ésta es una verdad no bien reconocida aún o no bien apreciada en determinados ambientes académicos. Pero es palpable y la experiencia nos dice que sin seguridad no se produce el desarrollo humano que necesitamos. La seguridad de los estados y los resultados económicos van unidos a la calidad de vida de sus ciudadanos. En un ambiente de seguridad las posibilidades de convivir y de cooperar son mayores. Citando a Yunnus, fundador y director del Grameen Bank en Bangladesh, «*si la sociedad crea un entorno que permite al individuo desarrollar sus capacidades creativas, la reducción de la pobreza es posible*». Es por consiguiente en la creación de ese entorno de seguridad donde la inversión es precisa.

## **SITUACIÓN Y NECESIDAD DEL CONOCIMIENTO PARA LA SEGURIDAD**

### **El conocimiento al servicio de la seguridad**

Hemos apuntado anteriormente que si por algo se caracteriza nuestro tiempo es por la incertidumbre: los problemas se mundializan, la información nos agobia, los cambios se suceden sin haber asimilado los anteriores, la complejidad de los problemas aumenta así como su interdependencia. El proceso de globalización en el que estamos inmersos no es en sí mismo positivo ni negativo, como tampoco ideológico. Es más bien un proceso irreversible que hay que intentar que esté al servicio de todos.

Esto nos lleva a plantearnos el reto que estas nuevas exigencias que afectan a la seguridad suponen para las estructuras de conocimiento actuales (universidades, instituciones de investigación, think-tanks, etc.). ¿Tienen alguna responsabilidad frente a estas cuestiones? ¿Pueden las estructuras de estudio y aprendizaje actuales dar una respuesta satisfactoria a toda esa problemática que afecta a la humanidad? Resulta una realidad constatable como cada vez estamos más necesitados de saber, es decir de información y de conocimientos sólidos que hagan posible un desarrollo más humano y una situación más segura. Nadie duda de que el género humano necesita entender para orientarse y que cuando no entiende, o bien se pierde o comente equivocaciones aunque tenga muy buenas intenciones.

El conocimiento se nos desvela como el recurso humano más eficaz y determinante tanto para evitar la propia destrucción de la especie humana (sufrimiento, guerra, terrorismo, contaminación, etc.) como para resolver los problemas y lograr la seguridad que nos proporcione el desarrollo y la paz que necesita el género humano. El conocimiento surge y crece en ámbitos adecuados como son las Universidades y los centros de investigación. Estos centros de conocimiento son de un valor decisivo y tienen que formar parte activa ante los grandes desafíos de la sociedad de nuestro tiempo. Y uno de esos retos es sin ninguna duda el de la seguridad. Han que asumir nuevas obligaciones sociales. Es preciso que más allá de razones históricas (aunque éstas se encuentren cargadas de argumentos que justifiquen el recelo) pongan en movimiento la cantidad de recursos culturales y científicos de los que son depositarios para poder superar las dificultades y problemas que nuestra sociedad tiene planteados en todos los ámbitos, incluido el de la seguridad. Estos centros de conocimiento están en condiciones de cooperar con la máxima eficacia en el logro de semejante tarea, sobre todo ofreciendo una sólida formación humana. Es más, si la seguridad se identifica con las metas que todo anhelamos, como son la lucha contra la pobreza, la injusticia, el desempleo, asegurar nuestro medio ambiente o la seguridad personal y colectiva, será en función de tales retos como deberían perfilarse los programas de investigación y estudio en dichos centros de conocimiento; donde se hiciera compatible el servicio al desarrollo social y económico con la formación de dirigentes y la investigación en busca del saber y de la verdad. Lo cual conllevaría un replanteamiento de las estructuras de aquellas instituciones.

Por otra parte, en el ámbito del conocimiento los avances siempre son incompletos. De ahí la importancia de la interdisciplinariedad. Los especialistas de diferentes disciplinas pueden trabajar juntos sobre problemas concretos. Erradicar el terrorismo, la pobreza o la contaminación, e impulsar un desarrollo sostenible o planificar una sociedad más segura resulta más eficaz y eficiente si se realiza de forma interdisciplinar. Y más aún cuando somos conscientes de que todo está interrelacionado. Este conocimiento interdisciplinario no se puede separar del conocimiento histórico ni del conocimiento comparado. El conocimiento histórico nos recuerda los éxitos y los fracasos y como estamos determinados por decisiones tomadas en el pasado. De igual forma el conocimiento comparado nos hace estar atentos a nuestro entorno presente: qué se hace y qué se dice.

Asimismo, partimos de la idea de que los centros de conocimiento deben plantear tanto una visión de futuro respecto al mundo como respecto a las personas que lo habitan. Hoy nadie duda que el progreso material se encuentra supeditado cada vez más a la innovación al servicio de la productividad. La paz y nuestro bienestar, también cada vez más, dependen de la innovación al servicio de la seguridad.

Esto nos lleva a plantearnos la cuestión de las relaciones entre conocimiento y sociedad, sabiendo como sabemos que la ignorancia sigue siendo una de las mayores barreras para la seguridad y por tanto para la cooperación, la paz y el bienestar social. Ante esta situación los centros de conocimiento tienen un papel y una responsabilidad muy especial. ¿Seremos tan insensatos y egoístas como para no pensar más que en nosotros mismos y no preocuparnos del futuro de la humanidad? Es en esos centros de conocimiento donde se deben fraguar las bases de ese pensamiento renovado que dé lugar a comportamientos que le garanticen a las generaciones futuras la oportunidad de vivir con la seguridad. Una seguridad que proporcione paz y bienestar a estas generaciones.

Teniendo en cuenta la importancia que el conocimiento juega en el desarrollo de las sociedades, el futuro de cualquier sociedad está determinado por su sistema de formación y por sus centros de conocimiento. Conocimiento y sociedad van de la mano y se necesitan. El estudio, la investigación, el análisis, la innovación son claves para la cohesión social, el desarrollo y por tanto para que los ciudadanos se sientan cada vez más seguros ante tanta incertidumbre y complejidad. Hoy como nunca antes los centros de conocimiento tienen el deber y la oportunidad de convertirse en portadores de esperanza y seguridad. Tienen la responsabilidad de asumir los nuevos desafíos, e incluso anticiparse a ellos.

Tenemos que decir que el simple acceso al conocimiento disponible no garantiza por sí mismo la capacidad de utilizarlo de forma provechosa. De la simple presencia del conocimiento no se deriva necesariamente el beneficio para la sociedad. Se necesita el acceso al conocimiento relevante. El conocimiento relevante para toda cuestión, también la de la seguridad, se encuentra en diferentes fuentes: universidades, centros de investigación, Internet, empresas, ONG, etc. En este apartado es importante la creación y mantenimiento de infraestructuras para el acceso y la fluidez de toda esta información, asegurando un amplio y correcto acceso a las fuentes de conocimiento relevante. Para su buena gestión se necesita decidir lo que hay que saber; conocer dónde está ese saber

necesario y decidir quién lo tiene que conocer. Y esto es así, porque el avance tecnológico o los «controles» institucionales inadecuados pueden conducir a crear más o nuevos problemas de inseguridad.

### **Centros de conocimiento y seguridad: rasgos de una relación de desafíos y responsabilidades**

En estos momentos nadie cuestiona que los centros de conocimiento prestan una mayor atención a los problemas del entorno socioeconómico y a la investigación de interés industrial. Siendo esto así, no se entiende muy bien como un campo como el de la seguridad sigue levantando recelos y sospechas en centros de conocimiento como el de la Universidad. La seguridad de nuestras empresas y la salvaguarda de su *know how* en un entorno hipercompetitivo es condición indispensable para nuestra seguridad económica. Ha llegado el momento de que cambiemos nuestra forma de pensar sobre la seguridad y el modo de dirigir nuestros asuntos sobre este tema tanto en nuestro país como en el exterior. Los asuntos relacionados con la seguridad no han dejado de estar en los primeros puestos de las agendas internacionales y sin embargo no han ocupado esa necesaria prioridad en los ámbitos del conocimiento. Aunque también es cierto que se ha avanzado mucho.

La Universidad junto con otros centros de conocimiento tiene un importante papel que cumplir en este aspecto de la seguridad. No debemos olvidar que una de sus principales funciones es la capacidad de formar pensamiento crítico, planteando una reflexión objetiva y rigurosa sobre la sociedad y sus encrucijadas más problemáticas. De esta forma, la Universidad debe llamar la atención sobre la seguridad, el papel que juega, su importancia, los fraudes contra la libertad que bajo su nombre se esconden, etc. La universidad ha de tratar de que los ciudadanos adquieran valores favorables al logro de una sociedad más segura y por tanto más libre y justa.

Los centros de conocimiento tienen una serie de tareas y responsabilidades que cumplir. Son responsables de lo que estudian y de lo que descubren; son responsables de su aplicación y son responsables del acuerdo general. De lo que no son responsables son de las decisiones políticas basadas en los nuevos descubrimientos. Y hay desafíos fundamentales a los que un conocimiento responsable debe enfrentarse: cómo integrar los intereses locales con los globales; cómo crear riqueza de una manera sostenible; cómo luchar contra la inseguridad, el terro-

rismo, el crimen organizado, el fraude financiero, la pobreza o la contaminación; cómo acabar con las armas modernas y su capacidad de destrucción masiva sin una merma en las capacidades para responder a las amenazas actuales y latentes; cómo preservar los derechos individuales frente al desarrollo del mundo de las comunicaciones donde la capacidad para almacenar y procesar información puede conducir a controles totalitarios, no sólo por parte de gestores políticos sino también por parte de intereses corporativos; cómo plantear el conocimiento del código genético y articular un uso responsable de ese conocimiento; cómo hacer frente a las pandemias; cómo resolver el problema del desempleo así como el de un crecimiento sin empleo; cómo debe ser nuestra relación con la tecnología; y cómo afrontar la posibilidad de que todo avance tecnológico pueda caer también en manos de terroristas. El conocimiento como motor del proceso tecnológico, se puede utilizar para combatir estos peligros. Sin embargo, la consigna «si es posible, hagámoslo» ya no es tan clara.

Somos cada vez más conscientes de que el conocimiento es mucho más que información y que la inteligencia sólo está en las personas. Serán las personas y no la última tecnología, la que determinará el éxito. Muchas de las iniciativas, tanto de desarrollo como de seguridad, han fracasado porque no se ha tenido en cuenta la importancia del factor humano. No existen soluciones fáciles a problemas difíciles. Debemos convencernos, o más bien admitir, que nuestro conocimiento no alcanza al todo, que se suele limitar a una modesta parte, y que, necesitamos mejorar nuestros conocimientos para actuar en ese segmento y en más ámbitos. Para lo cual, el conocimiento tiene que ser cada vez más riguroso. Hay que abandonar la simplicidad y el determinismo y asumir la complejidad de lo real. Hemos pasado de una situación de certezas y de un saber asegurado a un mundo de inestabilidad e incertidumbre. Nuestro desafío es gobernar el riesgo. Nuestros grandes problemas van a girar en torno a cómo decidir bajo condiciones de incertidumbre y sin certezas. Ello supone aprender a olvidar y a recordar como actividades claves para todo proceso de innovación y prospectiva. Recordar en cuanto que necesitamos preservar el conocimiento obtenido y aprender del pasado. Olvidar en tanto que es preciso abandonar las prácticas obsoletas y que ya no sirven para dar respuesta a los nuevos problemas que se nos plantean. Rechazar la reflexión prospectiva es limitarse a actuar dentro de un horizonte recortado a la espera de que nos estallen los problemas resultando su solución difícil y costosa. Los centros de conocimiento deben

promover y trabajar desde este ámbito de la prospectiva proponiendo la elaboración de escenarios alternativos y los debates correspondientes. El aprendizaje para la solución de los problemas es un método de suma importancia en una sociedad que requiere creatividad e innovación para hacer frente a los problemas que tiene planteados. Esto pasa por: seleccionar el problema de la seguridad (o algún aspecto de ésta); considerar las soluciones alternativas; valorar las consecuencias de cada solución; seleccionar una de esas soluciones; aplicar esa solución; y finalmente, evaluar ese modelo en su puesta en práctica.

Ante los nuevos desafíos del conocimiento sólo cabe apelar a la imaginación, a la capacidad de innovación, a la creatividad y a una mejor visión de futuro. Ello requiere una formación que nos capacite para plantear preguntas audaces en lugar de remitirnos a las respuestas convencionales; esto supone abrir la mente más allá de nuestros intereses y buscar definiciones nuevas, de trazar nuevos mapas mentales que nos sirvan para superar inseguridades y amenazas internas y externas. El desafío que tiene ante sí la humanidad es adaptar nuevas formas de pensar, actuar y organizarse en sociedad; en definitiva, nuevas formas de vivir. Desafío que conlleva promover vías de desarrollo económico y político que nos otorguen una mayor seguridad a todos. Quizá ha llegado el tiempo de hacer (no sólo de decir) que la tarea prioritaria de una política de futuro sea la que se ocupa de los problemas educativos. Aunque la educación y el conocimiento no son la panacea que lo resuelve todo, sí constituyen elementos decisivos de cambio, de desarrollo y de consecución de más seguridad y, por tanto, de más bienestar para el género humano.

Si tomamos como marco de referencia a los países de nuestro entorno democrático, cabe mencionar como iniciativa a destacar en línea con lo referido anteriormente, el National Security Education Program (NSEP) de los Estados Unidos de América cuyo leitmotiv es el «fortalecimiento de la seguridad nacional a través de la especialización en culturas y lenguas críticas». Establecido por la David L. Boren National Security Education Act de 1991, el NSEP persigue mejorar la seguridad nacional de Estados Unidos intensificando las capacidades del sistema en su tratamiento con culturas e idiomas extranjeros. Entendiendo que el talento humano es la clave de la seguridad nacional, el NSEP concede becas de estudio en el extranjero para estudiantes universitarios en áreas consideradas críticas para la seguridad nacional, becas de investigación a graduados para el estudio de lenguas y regiones específicas, así como

subvenciones a instituciones de educación superior para el desarrollo de programas de estudio en y sobre países, lenguas y ámbitos internacionales considerados asimismo críticos pero insuficientemente representados en la educación estadounidense. Concretamente son Asia, África, el este de Europa, Oriente Medio y Latinoamérica las áreas geográficas de interés especial. Uno de los objetivos del programa es precisamente el incremento de capital humano especializado en estas áreas para su posterior incorporación a los departamentos y las agencias del Gobierno de los Estados Unidos con competencias en el ámbito de la seguridad.

### **La educación como factor clave para la seguridad**

El mayor desafío se nos presenta, sin duda, en los corazones y en las mentes de las personas. Ante los desafíos que se nos plantean en el campo de la seguridad, hay toda una tarea educativa, social y personal para formular y asumir qué implican y suponen la seguridad, la complejidad y la incertidumbre de los grandes problemas actuales. Un análisis desapasionado de las causas de nuestras inseguridades nos lleva a que la respuesta, al menos parcial, más eficaz hay que buscarla en la educación y en la investigación. Ello requiere nuevos conocimientos, suscita enfoques distintos y una gran apuesta por la creatividad y la prospectiva. Y precisa, ante todo, de voluntad política para implementarlo en recursos humanos y materiales.

*Nos han educado para abordar la realidad de forma segmentada y además nos han enseñado a gestionar cada una de esas partes individualmente. Nos importa lo nuestro, lo próximo, lo inmediato, sin preocuparnos por el todo ni por lo de todos. ¿Acaso no es la seguridad un bien colectivo perseguido individualmente por cada uno de nosotros? La educación y el conocimiento tienen que estar también al servicio de la seguridad. La educación ha sido considerada siempre como factor esencial no sólo para la plena realización personal y profesional sino también como medio para un mejor progreso y desarrollo de la sociedad. La educación y el conocimiento están inseparablemente unidos a las problemáticas que tienen las sociedades y a sus posibles soluciones alternativas. Bien es cierto que no siempre los responsables políticos, económicos, sociales y la propia sociedad han considerado ese papel decisivo que juega la formación y el conocimiento para resolver los problemas mundiales de forma apropiada para cada situación. De igual forma, los centros de conocimiento, principalmente la Universidad, durante demasia-*

*das veces han sido lugares de formación profesional, olvidando la investigación y los estudios que contribuyen a resolver los problemas de nuestros respectivos entornos. Como ciudadanos, hemos también abdicado en muchas ocasiones de asumir la responsabilidad que tenemos para con nuestro futuro. Si bien, para invertir esta tendencia, necesitamos estar informados, disponer de conocimientos avanzados para poder hacernos cargo de la situación y poder así obrar en consecuencia. Es decir, invertir en ciudadanos que dispongan de la mejor información y de un amplio conocimiento sobre las problemáticas que nos afectan y que nos van a determinar. Como lo es la de la seguridad. Y como también lo es educar para la misma. Los centros de conocimiento, desde los niveles básicos hasta los superiores, no pueden actuar de espaldas a la sociedad a la que van a entregar a los futuros ciudadanos. Por su parte, los ciudadanos, a través de sus sistemas educativos básicos y superiores tienen que plantearse, en concreto, a qué tipo de sociedades pretenden servir y qué tipo de sociedad quieren conformar. Y en nuestro caso, qué seguridad y para qué.*

De todo ello se desprende la necesidad de una práctica educativa que ofrezca información y conocimientos apropiados de lo que significa e implica la seguridad para nuestras sociedades. Esto supone la adecuada formación del profesorado para estos fines y el material adecuado, así como redes de comunicación sobre el tema de la seguridad. Esto implica fomentar la capacidad creativa ante la incertidumbre. Se trata de formar conciencia, de llevar al aula básica y superior no solamente el conocimiento sino también la dimensión creativa y de prospectiva respecto de la seguridad. Y la mejor forma de educar para la seguridad es hablar con claridad a los ciudadanos y que la transparencia sea un principio fundamental. Al ciudadano hay que hacerle ver que no se puede asegurar todo y además todo el tiempo y lo que se logre en este ámbito hay que hacerlo salvaguardando los derechos individuales. Esto sólo es posible planteando una Educación que forme personas con criterio, desde valores democráticos y, en definitiva capaz de contribuir a crear seguridad desde todos los niveles de responsabilidad.

### **Cultura de seguridad, conocimiento e instituciones educativas**

Se constata una palpable falta de conciencia política, social, empresarial y de la opinión pública en general sobre el papel decisivo que juega

la seguridad en el desarrollo de nuestras vidas, así como la importancia de la educación y la investigación en este sentido. Las instituciones de educación tienen una gran responsabilidad, tanto en sus niveles básicos, concienciando a los ciudadanos sobre los problemas de la seguridad y creando una cultura de seguridad, como en los niveles superiores, contribuyendo al pensamiento y a la búsqueda de soluciones a los grandes problemas y retos de la seguridad. Pero también es necesario tomar conciencia de que las instituciones no son sino abstracciones mentales. Quienes actúan por obra u omisión son las personas. Y en consecuencia, cuando las instituciones fallan, quienes fallan son las personas que las integran. No obstante, no es menos cierto que la formación de una adecuada cultura institucional de seguridad acaba permeando también a las personas que integran esas instituciones. Ello nos llevaría a realizar una política dirigida hacia las personas: formar profesores, investigadores técnicamente competentes pero también éticamente responsables en hábitos de seguridad. De igual forma habría que llevar a término una política dirigida a las instituciones: crear estructuras institucionales impregnadas por esa cultura seguridad. Cuando una persona se incorpora a una institución, especialmente si ésta incorporación va acompañada de una responsabilidad elevada, también incorpora un acervo cultural propio en materia de seguridad, que puede ser mucho, poco o inexistente. De la fortaleza de la cultura de seguridad que tenga esa institución y de lo que esa persona incorpore dependerá el resultado final. Por lo tanto, para que los resultados sean los deseados se tienen que dar ambas políticas: de personas y de instituciones.

En consecuencia, en estos momentos la Unión Europea (1) y demás actores institucionales y sociales deberían definir y posteriormente procurar alcanzar los contenidos, las metas y los retos de un modelo de cultura de seguridad que responda a las aspiraciones comunes de las Comunidades Europeas, junto con las específicas de cada país. Tan ambicioso plan no se consigue sin la colaboración de todos y la puesta en marcha efectiva de programas de investigación, contenidos, textos, etc. elaborados en función de una problemática común: la seguridad. Los interrogantes a plantear como paso previo serían del tipo: ¿Qué educación es la más adecuada para conseguir qué tipo de seguridad y de acuerdo con qué principios y con qué valores? ¿Sobre qué contenidos

---

(1) Las medidas transversales adoptadas por la UE en materia de educación constituyen un excelente punto de partida para hacer de la seguridad un tema central del proyecto educativo europeo.

debe tratar y con qué metodología se debe impartir una temática como la de la seguridad? ¿Qué medios serán necesarios para poder llevar a cabo esta tarea? ¿Qué criterios utilizar para evaluar los resultados y poder corregir, perfeccionar o lo que se considere oportuno, por encima de intereses partidistas? ¿Cómo debe ser la formación de expertos en esta materia?... En definitiva, debemos preguntarnos qué seguridad deseamos y qué es lo que no queremos que nos suceda ni a nosotros ni a las generaciones futuras. Para ello lo que no puede faltar esta vez es una visión amplia de la seguridad, unos objetivos prioritarios y bien definidos, así como realismo en la estrategia y voluntad política para la ejecución de los planes.

### **La institución de la democracia, condición para el conocimiento y la seguridad**

El mejor campo de juego tanto para el desarrollo del conocimiento como el de la seguridad es el democrático. La seguridad democrática es esencial en nuestras sociedades y tiene que estar en función de sus ciudadanos conjugándose con su libertad individual y derechos fundamentales. Una seguridad que sea no sólo defensiva sino también de alcance social y humano. En las democracias, la seguridad y el desarrollo económico están más garantizados para todos; los derechos humanos están más respetados y sobre los medioambientales estamos también más concienciados. El respeto al individuo es sagrado. El avance de la democracia siempre garantiza más libertad y más seguridad. En definitiva, no se construyen seguridad, libertad, ni democracia duraderas mediante el uso de la fuerza y las opresiones. La educación sí es un instrumento útil y de largo alcance para la consecución de estos objetivos. Y educar para la seguridad democrática es una responsabilidad de todos y para todos. Por eso no puede convertirse nunca en un adiestramiento. Los derechos democráticos forman parte de los componentes constitutivos de la seguridad. La seguridad es una de las máximas premisas para lograr una convivencia democrática. El desarrollo de esa convivencia democrática exige una seguridad que sólo puede venir avalada por una formación que la educación debe ofrecer y por unos conocimientos, planteamientos y respuestas que la Universidad y los centros de conocimiento deben dar. Las mentes educadas para la seguridad democrática son y constituyen la mejor defensa de la paz y del desarrollo. Es urgente encontrar un sentido común y asumido del pensamiento y de la acción de seguridad. Una civilización demo-

crática es siempre un conjunto de relaciones entre seres humanos e instituciones. El objetivo debería ser desarrollar un principio de acción común creando algo fundamentalmente nuevo entre las partes: seguridad para todos.

Por su parte, la democracia debe visualizarse no sólo a través de las elecciones sino también en términos de transparencia y de razonamientos. Los responsables políticos deben rendir cuentas sobre las políticas de seguridad que adoptan y asumir su responsabilidad

¿Cuál es entonces el papel que le corresponde al ciudadano? El conocimiento y la educación, como ya hemos apuntado, tienen que ir encaminados a concienciar a los ciudadanos del papel fundamental que desempeñan en el logro de la seguridad. La sociedad civil juega un papel fundamental tanto para detectar posibles inseguridades como para minimizar sus efectos en caso de producirse. Para ello es prioritario educar ciudadanos que no solamente se sientan pacientes, cuya necesidad de seguridad demanda ser atendida, sino que también les ponga en la perspectiva de agentes, es decir sujetos activos y participativos. Lo cual implica formar ciudadanos con la capacidad de pensar, de valorar y de actuar para poder participar mejor. Como nos recuerda Jacques Delors *«cada uno debe asumir la parte de responsabilidad colectiva que le corresponde»*. Todo ello es fundamental para que no tengamos que lamentar la inacción y la omisión mientras aún estamos a tiempo de poner solución y prevenir los problemas de la inseguridad.

## **A MODO DE CONCLUSIÓN: EL MUNDO ACADÉMICO Y LA INVESTIGACIÓN COMO VECTORES DE SEGURIDAD, MÁS ALLÁ DE LO ESTABLECIDO**

La seguridad de las sociedades avanzadas ha entrado en un tiempo nuevo y cualitativamente distinto al que ha existido hasta ahora y son precisos cambios estructurales. La seguridad ya no es una misión únicamente de organismos especiales (fuerzas y cuerpos de seguridad y servicios de inteligencia). Es necesario ampliar el terreno de lo que hasta ahora considerábamos relevante para la política de seguridad. Necesitamos un uso integral e integrado de una amplia variedad de instrumentos políticos, desde los militares y policiales, hasta los económicos, sociales y culturales: la seguridad como elemento transversal de la política e interdisciplinariedad.

La respuesta a los cambios en el escenario de seguridad tras el final de la guerra fría se ha encontrado con varios problemas fundamentales como es la escasez de conocimiento, pues algunos de los fenómenos recientes evolucionan muy rápidamente, son muy complejos y se encuentran insuficientemente estudiados. En este sentido, será clave el papel del mundo académico que aparece como un instrumento de seguridad, una herramienta más con la que contar a la hora de llevar a término una política de seguridad. No se trata de que éste participe exclusivamente como herramienta de formación, sino que su papel implica además la contribución al diseño y desarrollo de la estrategia de seguridad nacional, como instrumento que debe establecer las bases para que seamos capaces de afrontar los cambios en la seguridad del nuevo siglo.

En España en los últimos años hemos visto surgir una serie de iniciativas procedentes tanto de universidades como de *think tanks* que permiten ser optimistas respecto al compromiso del mundo académico en estas cuestiones. Las publicaciones y las actividades académicas dedicadas a abordar cuestiones de seguridad desde distintos enfoques son cada día más frecuentes en nuestro país y forman parte de los programas de cualquier centro de prestigio. Sin embargo, no debemos olvidar que el mundo académico puede ser también el catalizador para que ese debate necesario se produzca y del que también debe formar parte como un actor más. La investigación, la innovación y el pensamiento crítico y creativo característicos del mundo académico son determinantes para el dinamismo y capacidad de influencia de un país y por consiguiente la seguridad no debe quedar al margen de su radio de teorización y acción. Si la seguridad es un concepto dinámico (aunque siempre incluya a la persona como sujeto) la aproximación al mismo también debe ser dinámica y abierta.

La seguridad ya no sólo debe responder a las amenazas, sino que debe anticiparse a ellas, para lo cual el papel de los organismos de Inteligencia es fundamental. Para esto también lo son el apoyo, la comprensión y la participación de la sociedad. Trabajar juntos significa que la lucha contra las amenazas, no es una actividad reservada a los organismos especializados, sino que requiere de un apoyo activo de todo el gobierno, del mundo empresarial e industrial, del mundo académico, para aprovechar todas nuestras capacidades (tecnológicas, humanas, financieras), para aumentar nuestro conocimiento y comprensión de las amenazas y conseguir algo fundamental: el apoyo activo de la mayoría de los ciudadanos. Para este propósito, es fundamental contar con un

buen modelo de información pública. Es decir una comunicación directa y honrada de los pasos que son necesarios, con una adecuada justificación de por qué son legítimos y proporcionados para la protección de los ciudadanos. Se trata en definitiva de conseguir la confianza pública sobre la buena fe de los encargados de la toma de decisión en materia de seguridad. Y también la comprensión del papel que podemos desempeñar como individuos y como comunidades.

Finalmente, ante las pregunta sobre si ¿se ha de trabajar, muchas veces sin éxito y siempre por los ideales?, si ¿se ha de trabajar de forma inquebrantable por el ideal de la seguridad aunque este sea irrealizable por completo?, consideramos que la respuesta debe ser afirmativa. Necesitamos formar ciudadanos que posean coraje para trabajar por ese horizonte. Sólo quien se mantiene seguro frente a todo y a todos, aumenta, preserva y afianza la seguridad del mundo.

## **RESUMEN**

Con el final de la guerra fría y las transformaciones acontecidas en los últimos años se ha producido un cambio en el concepto de seguridad ampliándose cuantitativa y sobre todo cualitativamente. Sin embargo, los límites y el contenido del nuevo concepto de seguridad no son claros ni aparecen definidos. Lo que sí parece cada vez más obvio es la necesidad de incluir en ese nuevo concepto de seguridad dinámico, a la Academia y los centros de formación y producción de conocimiento como un instrumento más de las políticas de seguridad. A su vez estos centros deben asumir la parte de responsabilidad que tienen en este ámbito como parte fundamental de la estructura social.

**Palabras clave:** conocimiento, seguridad, educación, cultura de seguridad, instituciones

## **ABSTRACT**

The end of the Cold War and recent transformations have led to a change in the concept of security that has expanded quantitatively, and particularly in quality. But the limits and contents of the new concept of security are not clear or clearly defined. The need for including the Academy and training and knowledge production centres in the new dynamic concept of security as an integral part of the policies on security

is increasingly obvious. These centres should assume their share of responsibility in this realm as an essential aspect of the social structure.

**Key words:** knowledge, security, education, culture of security, institutions.